VINCULOS



Tercer concurso

Cuenta cuentos

Tercer concurso

CUENTACUENTOS

VINCULOS

Tercer concurso Cuentacuentos
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2014, 78 págs.

TERCER CONCURSO CUENTACUENTOS

Primera edición, 2014

D.R. © 2014, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

FACULTAD DE INGENIERÍA
http://www.ingenieria.unam.mx/

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Unidad de Apoyo Editorial
Cuidado de la edición: María Cuairán Ruidíaz y Elvia Angélica Torres Rojas,
formación editorial e ilustraciones: Nismet Díaz Ferro

CONTENIDO

Presentación 1
Prólogo 5

Efímero 9
Imagínate que… 17
Café para la mesa tres 23
Los últimos creadores de estrellas 29
Un amor descabellado 37
Depresión posparto 41
Reencuentro entre las olas 45
El no escritor y el concurso de cuentos 49
Despertar 53
Matematicuento 61
Soledad y tristeza son ahora una poesía 67

Participantes del concurso 73

PRESENTACIÓN

Pablo García y Colomé
Profesor de Carrera, Facultad de Ingeniería, UNAM

Por tercera ocasión, los mismos conformamos el jurado, desafortunada palabra que hablaría de nombrar a los más cualificados y que más bien define de manera unánime nuestras subjetividades.

Nos dimos nuevamente a la hermosa tarea de leer y al ingrato cometido de emitir una opinión, obstáculo que hemos salvado con la mejor de nuestras voluntades y con una enorme satisfacción al percibir, una vez más, la frescura de la imaginación, las figuraciones de la fantasía y los afanes de los sueños, de los 120 textos que llegaron a nuestras manos y se introdujeron agradablemente en nuestras emociones.

Los textos del certamen manifiestan un cúmulo de sensaciones experimentadas por jóvenes que, en su camino al ejercicio de la ingeniería, pactan una tregua con los números, las formas y la interpretación tecnológica de su íntima relación con la naturaleza, y se ocupan en una de las más bellas interpretaciones de la existencia que es escribir. Y lo hacen con argumentos

que incluyen amores figurados, andanzas infantiles, finales impensados, sucesos académicos, hermosas ficciones y crudos testimonios de una espinosa realidad. Toda una gama de amores y desamores, aromas y matices, mesuras y desgarros como se ilustra a continuación con comentarios de los once textos de los finalistas.

Matematicuento. Se trata de una ofrenda que, en una gesta caballeresca, el autor hace a la matemática y a algunos de los que la han hecho crecer y rendir frutos.

Un amor descabellado. Relato que semeja un sueño en clase, producto de un desvelo, de un estudiante que desvaría cerca de una compañera que le atrae, sin reciprocidad.

El no escritor y el concurso de cuentos. Una inscripción al concurso desmesuradamente reflexionada, planeada, indagada. Como si se tratase de un proyecto de ecuaciones diferenciales. Te preguntas: ¿le gustará al maestro si le entrego solamente una reseña de por qué no lo hice? Algo es algo, que puede ser mucho.

Depresión postparto. El apego sin dimensiones, escondido, desconocido, de un bebé hacia la madre desmoralizada, quizás humillada, que en un trágico desenlace agota la vida.

Reencuentro entre las olas. Esta es una pausada agonía henchida de memorias, silencios y contriciones con sabor de sal. Y de esperanzas engullidas por gavinas. Y de tiempos adicionales para amar.

Café para la mesa tres. No sólo las palabras enamoran pensaste, también lo pueden las efervescencias del café. Te hiciste virtuoso y no fue vano tu arte, pues llegó a quienes sí podían ver y te acompañará para siempre.

Despertar. Este texto tiene que ver con dos estudiantes, una joven que arrastra un quebranto y un joven con la mente afectada. Se exhibe el martirio.

Los últimos creadores de estrellas. En ocasiones soñar es más satisfactorio, pero puede afligir la salud. Los abuelos buenos tan recordados, con su sapiencia, sus fábulas y sus ficciones. La metamorfosis en luz, se hace evidente.

Soledad y tristeza son ahora una poesía. Un relato que enumera la infancia con sus colores, la adolescencia con el rencor al padre, el arte revolucionario del amor, y la edad dorada del perdón con la asunción de la imperfecta y bella felicidad.

Imagínate qué. El relato de nunca acabar, lo que nos acontece a todos, en la fantasía o en la turbación. Tú en un café, ella también, pero a mil subterfugios de ti. Dicen que la pena inmoviliza, pero resulta hermoso construir toda una trama de sus gustos y aficiones, sueños y motivaciones. ¿Y si eran almas gemelas? Total, ella se lo pierde.

Efímero. La circunstancia de un joven que cuestiona su entrada y salida, identificación e identidad, con quienes diario transitan con él en el metro. La música los aflige. Dice «me sienta la tristeza» y la asume como sensación de resentimiento más que realidad. La música cambia y se convierte en ella, la de la sonrisa, la de las puertas abiertas y la desaparición obligada.

Vaya pues un sencillo y sentido homenaje de toda la comunidad y en especial de quienes leímos y opinamos, a todos los participantes, estudiantes de ingeniería de nuestra querida Universidad Nacional que entienden, estoy seguro, que escribir es la manera más profunda de leer la vida, como dijera el escritor español Francisco Umbral.

Finalizo regalando a los 120 estudiantes que escribieron, estas palabras del siempre célebre y querido argentino Julio Cortázar: «lo que me gusta es escribir y cuando termino es como cuando uno se va dejando resbalar de lado después del goce, viene el sueño y al otro día ya hay otras cosas que te golpean en la ventana. Escribir es eso, abrirles los postigos y que entren».

PRÓLOGO

Ana G. García y Colomé
Académica de la Facultad de Ingeniería, UNAM

El cuento puede ser el resultado de una vivencia, que tiene una parte de verdad, pero puede llenarse de fantasía y terminar como la persona que lo escribe quiera, sí, como hubiera querido que terminara su vivencia.

Si un cuento se escribe después de una aventura, por más real que se relate, parecerá que es más la imaginación de quien lo escribe y difícil pensar que sucedió, incluso se puede pensar: ¡qué imaginación!

También se puede escribir un cuento para cambiar la versión de una historia, ya que dicha historia no gusta y es interés de quien escribe ilusionarse con otro relato, cuya intención puede ser dar un mensaje, una moraleja.

Del libro *Teorías del cuento* de Lauro Zavala, podemos mencionar lo que dicen algunos cuentistas: El cuento para Benedetti es una peripecia; para Bioy Casares es un relato, una astucia; mientras que para William Carlos Williams es un arte y para Monterroso, un tema. Ricardo Piglia dice que el cuento es una intriga que resulta en sorpresa; para García Márquez

es una imagen; en Maugham es un fantástico incidente; y en Cortázar, una fotografía. Hay cuentos fantásticos, realistas, dramáticos, humorísticos, misteriosos, históricos.

Edgar Allan Poe sostiene que una buena prosa en un cuento breve es el que logra que el lector lo comience y llegue hasta el final sin interrupción de su lectura. Es más difícil escribir poco y lograr decirlo todo, por eso los grandes cuentos tendrían que ser siempre breves, así no se daría pie a la confusión ¿es un cuento largo o es en realidad una novela?

El cuento comenzó desde siempre cuando alguien contó su historia, lo que le pasó a otra persona, lo que le contaron, los cuentos que le contaron de niño y así de abuelos a padres, de padres a hijos, de hijos a nietos surgieron los cuentos.

En Facultad de Ingeniería ya es una tradición el concurso de cuento. Con el formato de Concurso de cuento «Cuentacuentos» tenemos tres años. Esta publicación es resultado de los cuentos premiados y finalistas del año 2013.

Desde que llegan los primeros cuentos, cuando se da el último día de entrega, con las reuniones de los jueces, en sus discusiones acaloradas muy pero muy literarias, en el momento en que se anuncian los finalistas, y con la gran ceremonia de premiación de los tres primeros lugares, COPADI se llena de emociones, mucha lectura, mucho trabajo, una gran felicidad y orgullo por reconocer que estudiantes de las distintas ingenierías saben escribir literariamente y contribuir, como lo hace esta publicación, a lo importante que resulta la lectura.



PRIMER LUGAR

EFÍMERO

Héctor Alberto Fernández Bobadilla
«Erick Santiago Montero de la Vega»

Para Ivette Peña

Temprano en la mañana. Miras tu reloj inadvertidamente, y te das cuenta que de hecho es más temprano de lo que esperabas: podrás llegar a tiempo. Claro, eso si no se atraviesa algún inconveniente, de esos que justamente pasan cuando crees que ya todo está bien, que nada podrá destruir tus planes.

Cumples tu rutina diaria, dentro de la cual inexorablemente se encuentra este traslado en el subterráneo, al cual bendices y maldices alternativamente. Sabes que si no existiera, jamás serías capaz de llegar a tu destino; probablemente, tendrías que haber cambiado tus planes al momento de elegir tu carrera, tu futuro, toda tu vida. Sin embargo, eso no te consuela. Tomarías cualquier alternativa con tal de no tener que pasar a través de ese mar de personas, anónimas, impersonales.

Suspiras para tus adentros. Ha llegado el momento, una vez más, en que tú también te volverás anónimo, impersonal. Luchas infructuosamente por entrar al vagón, que aún a estas horas, se encuentra atestado de gente. Adviertes que es curioso. Ya no piensas en los hombres y mujeres del vagón como en personas, seres pensantes y sensibles como tú mismo. Ahora, en este preciso instante, sólo puedes ver en ellos una poderosa masa amorfa que, por alguna extraña razón, te impide el paso hacia el interior del tren. Un obstáculo infranqueable, al que también tú te unirás, negándoles el acceso a las infortunadas personas que pretenden abordar el tren, estaciones adelante.

«Eso debe ser deshumanización, *masificación*», piensas, mientras por fin logras entrar al siguiente tren. Aún conservas la ingenua esperanza de que pronto se levantará alguien, dejando disponible un asiento para que tú lo ocupes: tontas quimeras que te inventas. Piensas en todas las cosas que tendrás que hacer hoy. Clases, tareas, exámenes, proyectos. Nunca ha sido diferente. Has tenido esa misma vida desde que tienes memoria.

Sabes que te gusta lo que haces, pero desde hace ya un tiempo… «No, no pienses en eso». Lentamente, sacas de tu mochila tu reproductor. Música. Ella es la única acompañante que tienes, la única que ejerce alguna buena influencia sobre ti. Tiene el poder de levantarte el ánimo los días en que crees que ya no puedes más. Pero también hay canciones tristes. La mayoría son de este último tipo. No sabes por qué, pero éstas tienen la capacidad de penetrar en tu interior, de fundirse contigo, de formar parte de ti. Siempre que las escuchas, una melancólica sonrisa se dibuja en tus labios. «Me sienta la tristeza.» Sonríes ante lo patético que suena esa aseveración.

Agradeces en silencio el hecho de poder perderte en la música. Desde hace mucho tiempo, has aprendido que es la mejor manera de pasar este tiempo estéril y vacío. Al menos, te brinda la oportunidad de pensar, de imaginar, de *sentir*. Así, vas cantando silenciosamente, tratando de ignorar a la gente a tu alrededor.

De pronto, un gran alboroto. La masa amorfa de la cual tú formas parte se revuelve sobre sí misma, como un enorme animal atrapado luchando por liberarse. Las personas —te recuerdas a ti mismo que son *personas*— cambian de lugar, se mueven difícilmente con dirección a la salida. El tren llega a la estación. Las puertas del vagón se abren. Sale gente, pero antes incluso de que terminen todos de salir, el vagón está nuevamente lleno. Te sorprende, pero aún así entraron más personas de las que bajaron en la estación. Las puertas por fin se cierran, luego de una extenuante batalla. Oyes toda clase de comentarios, insultos, maldiciones, calladas muestras de desprecio, agotamiento, desesperación, *qué más da*. Todo se termina fundiendo en un único y lastimoso gemido.

Te ves a ti mismo dentro del tren. Por un momento, te olvidas incluso de tu música. Estás viendo a todas las personas a tu alrededor. Observas rostros hostiles, miradas furtivas que se cruzan con odio; gente que no vacilaría ni un momento en sacarte del vagón si con eso logran que el tren avance más rápido. Son personas insensibles, huecas, vacías. Piensas una vez más en ellas como en algo no vivo, no humano. De pronto, adviertes que en tu semblante se dibuja esa misma expresión de desprecio, de resentimiento. Pronto la ira se hiela en tu pecho, y sólo te queda la amarga certeza de que perteneces a ese lugar, de que eres uno más de ellos.

Evalúas una vez más toda tu situación: ¿vale la pena? Te dices a ti mismo que por supuesto que lo vale, pero hay algo en tu interior que nota que no eres del todo sincero, que dudas. Tratas de convencerte de algo en lo cual no crees. Es algo así como tratar de sostener un dogma sin fe. «No importa; *nunca nada importa*».

Miras nuevamente a tu alrededor. De pronto, tu mirada se detiene. Intentas convencerte de que no estás viendo un espejismo; ya no sabes si es la realidad o el sueño, o cualquier otra cosa. Tan sólo, *la ves.* No das crédito a tus ojos. *Ella* debió de haber subido al tren en la pasada estación, pero tú no la notas sino hasta ahora.

Sonríe. Su sonrisa es bella, sincera, profunda. Serías capaz de perderte en esa sonrisa como en la blanca espuma de un insoldable océano, en el cual morirías gustoso. Piensas que no has visto antes a ninguna mujer más hermosa que ella. Tratas de retener en tu memoria su fisonomía, la forma de su rostro, su cabello, sus ojos. *Pero es esa sonrisa…*

Reaccionas, vuelves a tu realidad. Notas que no puedes ni quieres dejar de verla. En cuanto crees que tu mente ha guardado todos los posibles detalles de ella, adviertes otro rasgo, algo que había permanecido inobservado, un nuevo matiz en ese hermoso cuadro que contemplas asombrado. Permaneces así, observándola furtivamente, maldiciendo mentalmente a aquellos que se atraviesan en el camino de tu mirada.

La música suena en tus oídos; sin embargo, parecería que se encuentra cambiada, alterada. Escuchas el ritmo ligero, tranquilo, armonioso. Es como si de alguna manera, ella y tu música se hubieran sincronizado, cual si existiera un tácito acuerdo entre ellas. La ves y escuchas la música. «*Es bonita*», te dices a ti mismo.

Repentinamente, te sientes nervioso, agitado. Es como si alguien te hubiera dado un susto de muerte. Sientes frío, miedo, no sabes realmente qué es lo que sientes. Tu pecho golpea fuertemente. Es como una sensación de incomodidad, de peligro, la cual, sin embargo, es extrañamente placentera; no quisieras sentirte de otra forma.

Tratas de acercarte a ella. Sin embargo, es muy complicado cruzar un vagón lleno de personas, y mucho más sin razón aparente. Intentas caminar hacia ella, infructuosamente: la multitud a tu alrededor te lo impide. Ante todo, buscas continuar viéndola, que nada la eclipse de tu mirada.

Desesperadamente, piensas en cómo abordarla. «¿Qué hago? ¿Simplemente llego y le digo *'Hola'* ?» Tratas de imaginar la escena; quizás ella te mire extrañada. Después de todo, es poco común que un completo desconocido te salude en el subterráneo. Intentas proyectar algún plan de acción. Desearías saber cómo se llama, qué es lo que hace, en fin, algún dato que te permita hacer ese encuentro más casual. Desearías conocerla desde hace años, dirigirte hacia ella con familiaridad, saludarla, estrecharla entre tus brazos. Te das cuenta de que debes conocerla; de que, en cierta forma, *ya la conoces.*

Inesperadamente, ella voltea hacia ti. Por un instante fugaz, sus miradas se cruzan, y tú miras de frente esos ojos profundos, límpidos, hermosos. Miras su rostro, un rostro lleno de ternura, de belleza, de espontaneidad. En un momento, te quedas completamente paralizado. Ella te mira y sonríe. Ves esa sonrisa en todo su esplendor, y te das cuenta hasta ahora que no habías vislumbrado antes ni la décima parte de su hermosura. Es como si vieras el semblante de un ángel frente a ti, y ese ángel te sonriera, prometiéndote un desconocido paraíso, intensamente deseado, pero de cierta forma inalcanzable.

Tú te quedas allí, mirándola fascinado. Te das cuenta de que habías soñado toda tu vida con este momento, pero hasta ahora no eras consciente de ello. Toda tu imaginación, todos tus deseos, todas tus esperanzas convergían hacia este hermoso ser de insuperable belleza. Ya no soportas la idea de no verla más. Ella es todo lo que necesitas, ese impulso que te falta para vencer la monotonía de tu vida vacía y gris. *Ella será quien llene de color tus días…*

Todo esto piensa tu mente y tu imaginación en ese instante efímero en que ella te mira y sonríe. De pronto, el tren se detiene y las puertas se abren. Ella deja de verte para darse la vuelta y salir hacia el andén. Tú te tardas en reaccionar. Sigues perdido, recordando melancólicamente todo aquello que nunca has vivido. Aún alcanzas a ver que ella se vuelve hacia ti y te sonríe nuevamente. En ese momento, te lanzas apresuradamente en dirección a la salida, pero es demasiado tarde. Las puertas, hace un segundo abiertas, se han cerrado irremediablemente, y el tren comienza, inexorable, a avanzar.



SEGUNDO LUGAR

IMAGÍNATE QUE…

Eric Damián Khin González Hernández

«Iskandar»

Hay muchas razones para tomar un café a solas. Quizá llegó temprano a una cita, eso ocurre con frecuencia, quizá espera a alguien, a su novio o a un amigo, o a su hermana, o quizá tiene una cita a ciegas y decidió llegar antes. No, la cita a ciegas no es tan factible, ese es obviamente su uniforme de trabajo: pantalón blanco inmaculado, zapatos igualmente blancos, una filipina también blanca se asoma debajo de un suéter azul con letras doradas; doctora seguramente. No vas a una cita a ciegas con tu uniforme de trabajo, no lo haces un miércoles en la noche, ¿quién en su sano juicio elige un miércoles por la noche para una primera cita?, la gente se levanta temprano en jueves. Debe esperar a alguien conocido, a alguien que la ha visto así vestida antes. Su novio, eso debe ser.

Su suéter tiene algo escrito, pero no quieres voltear demasiado, no quieres que se percate de que la observas. Estás en el centro de Tlalpan,

la zona de hospitales está a unos minutos. Si, doctora. Seguro espera a su novio, es hermosa; no puede no tener novio. ¿Por qué asumimos que sólo porque una persona es atractiva debe tener pareja? No lo sé, quizá porque debe tener muchos pretendientes. Han pasado cerca de diez minutos desde que la comenzaste a observar, nadie ha llegado, y sigue ahí, bebiendo café, fumando y usando su celular, hablando con alguien, quizá con la persona a quien espera.

ENEO, dice el suéter en letras doradas, ¿qué es ENEO? Tener acceso a internet en tu teléfono resulta conveniente. Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia. Es enfermera, y estudió (¿o estudia?, se ve joven) en la UNAM, igual que tú, sólo que tú eres ingeniero, ingeniero en computación para ser exactos. Una enfermera y un ingeniero… ¡pero claro! ¿Por qué nunca se te había ocurrido?

En ingeniería (cuando menos cuando estudiabas) la mayor parte de la población era masculina, y enfermería es todo lo contrario (si tus prejuicios no te fallan), quién sabe, quizá podría funcionar. Te atreves a fantasear con la posibilidad, pero la descartas después de un rato. Estás sólo y ella también, tu escenario mental está frente a ti, podrías acercarte y hablarle, saludarla, hacer lo que la gente hace para conocerse… pero no, no lo harás. Y no es que seas particularmente tímido o introvertido (que lo eres), sino que respetas el espacio de la gente, no quieres irrumpir en su soledad, no tienes motivos que te parezcan válidos para hablarle, tienes curiosidad, sí, te parece bella, su sonrisa es cautivadora, pero hay algo más, algo que no alcanzas a entender.

¿Por qué sonríe tanto? ¿Con quién habla? Tiene un Nokia, quizá use Whatsapp, quizá es por Facebook, quizá son mensajes SMS, quizá tiene

alguna aplicación de mensajero nativa ¿Qué sistema operativo usará su Nokia?, ¿Aún se usa Symbian?, no lo sabes, hace años que no usas un Nokia, tienes un iPhone y un Motorola con Android, lo único que no usarías nunca es una Blackberry (¿por qué la gente usa Blackberrys?, son horribles…).

Han pasado 16 minutos y dos tazas de café (la suya y la tuya) desde que comenzaste a observarla, sacas un cigarrillo y… ¡fuego! Ella fumaba hace un rato, trae encendedor, tú también pero eso ella no lo sabe ni tiene por qué saberlo jamás, es un pretexto perfecto, sólo dos mesas los separan y es un motivo razonable para hablarle a un extraño, preguntar si tiene encendedor, y en cuanto te lo de, quizá preguntar algo casualmente «¿esperas a alguien?». Su mirada, su respuesta, su tono, eso lo definirá todo: si preguntas algo más, si ella pregunta algo, si la invitas a tu mesa o ella a ti a la suya. Quizá ella te pregunte si esperabas a alguien, quizá notó que la observabas, quizá se pregunta qué haces ahí, solo, como te lo preguntas tú de ella.

«Gracias» le dices mientras te extiende fuego para que enciendas tu cigarrillo. Guarda el encendedor y se va. El mesero notó tu cigarro en la mano, tu mirada abstraída y te ofreció fuego. Tenías una esperanza, un recurso, y ahora se esfumó. ¿Qué hacer? ¿Hablarle de cualquier modo? No parece esperar a nadie, lleva 18 minutos ahí y no voltea a ver a su alrededor (comportamiento típico de quien espera por alguien). Son las 9:27. Estás seguro de haber reparado en su presencia a las 9:09 (la hora capicúa), pero ignoras a qué hora llegó o si llegó con alguien que luego se fue.

Faltan 26 minutos para que cierre el café, de ser viernes, sábado o domingo tendrías dos horas más, pero es miércoles. Acaba de pedir la cuenta, tu corazón se acelera, quieres acercarte y hablarle, decirle algo,

cualquier cosa, decirle que no has podido dejar de pensar en ella y cómo hablarle desde hace exactamente 25 minutos.

Comienza a llover justo cuando ella se levanta y se aleja. No la volverás a ver. Nunca sabrás que uno de sus mejores amigos de la secundaria estudió también ingeniería en computación en la UNAM, y que este a su vez conoce a uno de tus mejores amigos y que ambos comparten departamento. Nunca sabrás que sus flores favoritas son los girasoles y las gerberas, que es apasionada del futbol y pertenece a la Rebel, que no se pierde un solo partido de los Pumas. Nunca sabrás todo lo que tenían en común, que a ambos les apasiona viajar, recorrer carreteras, pueblos, calles y ciudades. Que sus gustos musicales tienen paralelismos que los harían poder cantar al unísono en más de un concierto. Y ella, por su parte, nunca sabrá que estuvo sentada a unos metros de la persona que más la habría amado en su vida.



TERCER LUGAR

CAFÉ PARA LA MESA TRES

Manuel Iván Salmerón Becerra
«Fernando Galindo»

Cuando yo llegué, ella ya estaba ahí, como todas las tardes. Se sentaba en la mesa tres, la más alejada de la barra donde yo, el barista del «Jarocho Style», preparaba las bebidas. Y como siempre, estaba de frente a la escalinata del parque Juárez y de espaldas a mí, bajo la inmensa sombrilla verde que la resguardaba del sereno xalapeño.

Nunca le había visto el rostro, por más intentos que había hecho. Mis clases terminaban a las tres y mi turno empezaba a las cuatro, apenas el tiempo necesario para evadir el tráfico y llegar a tiempo a checar la tarjeta. Para entonces la silueta con chamarra de mezclilla y largo cabello café ya ocupaba el asiento de la mesa tres.

Pedía dos cafés lattes, uno a las cuatro y media, el otro a las cinco y cuarto. Me tocaba prepararlos y ver cómo la mesera se alejaba con ellos hacia la joven. Sus manos blancas tomaban la taza y se la acercaban al rostro.

Aspiraba la fragancia de la infusión por un buen rato antes de comenzar a beberlo en sorbos pequeños.

Cuando pasó un mes desde que vi su espalda por primera vez, me di cuenta de que me había obsesionado. Estaba desesperado por ver su rostro, por saber quién era. Se iba poco antes de las seis, justo cuando yo estaba atendiendo al proveedor: tenía que salir de la casetita de madera que conformaba el negocio y bajar a la banqueta a contar sacos de café. Lo hacía lo más rápido posible, pero al volver, Tres (como la bauticé) había desaparecido.

Al preguntarle a la mesera por referencias sobre Tres obtuve un encogimiento de hombros, una mueca extraña y las palabras «siempre pasa por ella un hombre mayor». La intriga creció… ¿un hombre mayor pasaba por ella?

Pasaron los días y supe que la duda estaba trascendiendo fronteras cuando me encontré una noche ideando la manera de descubrir su cara. Y fue ahí cuando surgió la idea: mensajes en el café.

Al día siguiente, intenté una figura nueva: a la tradicional espiral que siempre hacía le agregué, con toda mi destreza, unas cuantas estrellas. ¡La taza parecía una verdadera galaxia! Estaba satisfecho con mi trabajo. Vi cómo la mesera se llevaba mi obra hasta la mesa tres. Ella la tomó en sus manos, la acercó a su rostro y… nada. Otro día bebiendo lentamente, ni una mirada a la galaxia.

Comencé a perfeccionar mis habilidades. Poco a poco iban surgiendo, además de las clásicas telarañas y hojas, mariposas con alas de intrincados diseños, simpáticos monos de sonrisa espumosa, blancos árboles de leche caliente. A veces me inspiraba y las figuras lograban salir del borde de la taza. Pero Tres seguía sin siquiera voltear a verlas.

Me hice popular entre los comensales. Recibí muchas felicitaciones que me transmitía la agria mesera. La gente empezó a hacerme encargos especiales del tipo «mi novia cumple años, hazle un 21 en su café» o «mi amigo no me cree que dibujas un barco de vela, enséñale». Las propinas aumentaron considerablemente, pero yo sólo quería escuchar algún comentario que viniera de la mesa tres.

Ir al trabajo se volvió una tortura. En cuanto terminaba el diseño para ella, mis manos comenzaban a temblar incontrolablemente. Sudaba copiosamente bajo el delantal mientras veía a mi creación llegar a su mesa. Y sentía un plomo en el estómago cuando ella la despreciaba.

Mi vida había cambiado. Sólo existía para el café, para intentar llamar su atención, para deslumbrarla con figuras imposibles que rompieran la monotonía de la lisa superficie negra. El café me estaba quitando el sueño sin siquiera beberlo, y el rostro de Tres seguía siendo una incógnita.

Un lunes me di cuenta de que estaba de pie frente al ventanal intentando dibujar una espiral de espuma en la oscuridad del manto de la noche. Lo noté cuando mi dedo tocó el frío vidrio. Y entonces decidí que era demasiado sacrificio por descubrir la faz de alguien que ni siquiera apreciaba mis esfuerzos.

Presenté mi renuncia en el «Jarocho Style» el jueves al finalizar la jornada. El dueño se mostró sorprendido y un tanto alarmado por perder al barista que incrementó la clientela. Quiso convencerme con un discurso al que no presté atención. Me sentía humillado: una espalda con chamarra y una cabellera marrón lograron echarme del trabajo, era lo único que pasaba por mi mente. El dueño me persuadió de quedarme un día más, el viernes siempre había mucho trabajo. Después comenzaría a buscar un sustituto.

Llegué al local a las cuatro para cumplir con mi último día. Me lavé las manos, me recogí el cabello y dispuse los instrumentos de siempre. No pude evitar sentir una punzada de decepción al verlos. Me asomé por la barra y vi la espalda de Tres tan altiva y presuntuosa como cada tarde: una muralla de mezclilla. Ya ni siquiera me interesaba el rostro, ¿para qué pretender querer a una mujer que no…?

Entonces me di cuenta. Descubrí por qué tanta insistencia, por qué tanta obsesión, por qué tanto empeño en descubrir su rostro. Pero haberme dado cuenta no cambiaba la pregunta. ¿Para qué, si a ella evidentemente no le importaba?

Llegó la orden de un café latte para la mesa tres y supe que debía dibujarle la única forma que hasta ahora no le había enviado, una figura sorprendentemente sencilla de hacer. Dos trazos curvos bastaron para plasmar en la infusión la razón del tormento de todos estos meses.

Cuando terminé, no esperé a que la mesera entregara la orden. Colgué el delantal, tomé mis cosas y salí del «Jarocho Style» sin pasar por mi última quincena. Me fui caminando calle abajo, soportando el incipiente chipi chipi y repitiéndome una y otra vez que yo quería quererla, pero ella no.

Silvia (verdadero nombre de Tres) recibió el café como siempre y lo acercó a su rostro, disfrutando de su fragancia por un rato.

Ese día notó algo diferente. Sensibilizada como estaba al uso de su olfato, se dio cuenta de que el latte de esa tarde tenía algo especial. Olía un poco más dulce, tenía un toque distinto que nunca había captado. Apreció el aroma más tiempo del habitual, pero finalmente se lo bebió por temor a que se le enfriara. Por primera vez en meses, no pidió uno más, estaba

desconcertada por ese nuevo sabor: entre el dulce cuerpo se escondía un deje de amargura.

A las seis en punto sintió el usual apretón en los hombros que indicaba que su padre había llegado para acompañarla a casa. La ayudó a levantarse, ella lo tomó del brazo con una mano y con la otra recibió el bastón que utilizaba para guiarse desde hacía diez años, cuando un accidente le arrebató la vista. Se alejó caminando del «Jarocho Style» sin enterarse jamás que acababa de beberse el corazón de Ángel en esa última taza de café.



LOS ÚLTIMOS CREADORES DE ESTRELLAS

Arturo Andrés Montealegre
«Vaakeer»

Por tres noches miré al cielo oscurecido al término del día, y por esas mismas tres noches contemplé con gran imperiosidad el mismo y singular faro brillante que resplandecía en medio de un mar de infinita negrura, destellaba con todos los fulgores dorados, plateados rojizos tintineando a un ritmo bastante peculiar, uno que me parecía bastante familiar, como si ya lo conociese.

En efecto, lo que miraba era una estrella, una que destacaba de entre todos esos foquitos colgados en la bóveda celeste, un magnífico faro de cinco puntas de carbón, joya de la noche y una guía en mis noches de desvelo y delirio.

—Empieza el día, y con él la danza continua del ajetreo de la sociedad, nadie improvisa su jornada laboral, todo el mundo se encuentra limitado…

Era un constante pensamiento que invadía mi mente a últimas fechas, era por eso que anhelaba la llegada de la noche para poder hundirme en el mundo de los sueños, un mundo sin restricciones o monotonía, hasta un punto que comenzaba a preocuparme.

Que me falle la memoria no me sorprende, pues el actual estado tanto físico como mental en el que me encuentro se ha visto seriamente afectado, pues cuando el mundo se hunde en la vejez de la creatividad, la espontaneidad se limita y la capacidad de maravilla huye de la mente humana, ciertos espíritus tienden a decaer en torno a las grises ciudades donde a todas horas se esparce una espantosa negrura, donde los mismos vientos maldicen desde las alturas, pues mirar al elevado cielo velado por esa densa capa de vapores y humos productos de la constante contaminación ya no dejan volar la imaginación.

Es cuando únicamente nos queda refugiarnos en las alas de nuestros sueños y admirar las creaciones de nuestra mente, en un momento donde es libre de toda limitación actual.

¿Pero, qué es lo que pasa cuando regresas a la realidad?

He contado ya once días sin conciliar el sueño… más bien sin poder soñar tan plácidamente como antes lo hacía, once días que han transcurrido en torno a nostálgicos recuerdos, historias fantásticas acerca de lugares desconocidos e incomprensibles para el vulgo, e incluso el recuerdo de mi abuelo.

Me parece que esta vez el dios de los sueños se está burlando de mí, ¡once días! Definitivamente me hubiera hundido en la locura y paranoia de no ser por el cálido resplandor de esa estrella que hacía tres días contemplaba con tanto esmero, pasando horas y horas perdiéndome en su entorno áureo. Así sentía que de ella emanaban ciertas ondas, ¡corrientes de

inspiración!, un amor a distancia e incluso cierto temor, sí ¡temor de que me abandonara, de que su brillo se opacara para siempre! Ahora mismo la contemplaba, ese ardor excepcional, un resplandor de polvos de oro y de plata, situada en la misma cumbre de la eternidad, esperando el amanecer del mundo para marcharse y volver a iluminar durante la noche celestial.

Es por tal situación que a estas horas me encuentro absorbido en mis pensamientos, reflexionando en un entorno de silencio, así como la infinitud silenciosa solía girar en torno al soñador que era, pero ahora me encuentro en la realidad, contando los días consignados por el calendario desde hace once días, y el tiempo que transcurre entre un momento y otro.

—Mucho es lo que se ha escrito acerca de nuestros orígenes. ¿Pero qué es lo que en realidad conocemos?, pretendemos conocer y entender la realidad con cinco sentidos que no son infalibles, con una conciencia sujeta a cambios y una racionalidad que aún no está culminada. Aun el mundo no conoce nada acerca de los más íntimos detalles de su creación, esos oscuros reinos de belleza y terror a los que únicamente la imaginación puede transportarnos ¿Pero hasta qué punto las cosas son reales?
—Murmuraba cuando un susurro, una voz apagada me interrumpió.
—¡En las estrellas, todo viene de las estrellas!

Podía recordar la voz de mi abuelo, tanto como la manera en que me contaba sus historias, las mismas que de niño me entusiasmaba oír, historias fantásticas que nada tienen que ver con la vacuidad en que el mundo se encuentra sumergido, pues por unos instantes esas historias lograban que los contornos entre la realidad y la fantasía fuesen uno mismo, tan infinito como el propio universo.

No sé si esas historias me hayan creado gradualmente una imagen desenfocada de la realidad, pero vaya que me alegraba recordarlas, reales o fantásticas las recuerdo detalle a detalle tanto como el tono de misterio y seriedad con las que mi abuelo las relataba, así ese hombre culto y poseedor de un brillo excepcional y cálida sonrisa me hacía viajar a otras esferas de la realidad con esas historias. Él era tan especial para mí, me hacía sentir que había cosas mas allá de nuestro entendimiento, de la realidad a la que llamamos «humanidad», cosas que solo en sueños podríamos apreciar. Él mismo me hablaba de sus sueños y los mitos que se tejían en torno a los faros celestiales… Las estrellas.

Para él esos astros de luz como él las llamaba, eran la consumación de un espíritu material, una energía esencial que fluía a través del universo y mantenía su propio equilibrio, un néctar que fundía al sol y los planetas, eran la esencia misma de la existencia, pero solo un espíritu libre y de gran altura uno que no estuviera opacado por la negrura de la modernidad podría llegar a tales aspiraciones. Así, lenta pero indubitablemente esas ideas se encarnaban en mí, se arrastraban sobre mi conciencia hasta lo más profundo…hasta mis propios sueños. Pero el actual ritmo de vida había dejado en el olvido esas ideas y la muerte de mi abuelo había empeorado las cosas, hacía poco que el viejo había dejado de brillar cálidamente en este mundo, y siempre temí ese momento, aunque no exactamente a la muerte sino a algo más terrible, algo desconocido, algo que no comprendía.

Recuerdo que días anteriores a su muerte él comenzaba a mostrarse raro, como si supiese alguna revelación que alejaba todo miedo de perecer materialmente en este mundo. Incluso comenzaba a delirar.

—¡En las estrellas…todo está en las estrellas! Gritaba continuamente.
—El resplandor penetra por la ventana de mi recámara, allí brilla a todas horas incluso en el día, me mira como si fuese un reflejo de ella, gira y gira me sigue de oriente a poniente, ella quiere…Quiere que brille con ella ¡Que yo me vuelva ella!
—¡Abuelo!…Qué te pasa, no hay nadie en la habitación.
—Duerme pequeño, sueña mi pequeña vigía, despierta hasta que las esferas giren para ti, yo me marcharé al lugar donde brillaré eternamente con gran ardor, después otras estrellas, ¡otros astros! surgirán para acompañarme, así cuando tu órbita esté lista brillarás por ti mismo.
—¡Abuelo no te marches!, quédate conmigo,
—Pequeño vigía no temas, la muerte no es el final… lo que yace eternamente jamás muere, ¡como esos foquitos en el cielo!, las respuestas están en ese mar etéreo de las estrellas.
—Recuerda que la inmortalidad siempre se manifiesta de diferentes maneras.

Y así fue como se marchó el viejo tan seguro como si supiese que la muerte terrenal no lo absorbería al olvido.

Entre reflexiones del pasado no me he percatado del tiempo transcurrido, comienza a oscurecer y en vano he tratado de vencer mi somnolencia, ahora relaciono palabras confusas, las historias fantásticas, los recuerdos misteriosos en torno a la muerte de mi abuelo y esa extraña sensación por la estrella, en esta cuarta noche.

Mirando hacia el cielo infinito, bajo una densa luna llena con brillo rojizo, se alzan esas cinco puntas de carbón sobre horribles murallas grises, sobre esas torres, techos y pavimentos que reflejaban las luces de una ciudad

en decadencia, pero sobre mi techo se apreciaba el insistente reflejo de esas cinco puntas de carbón. El aire es cálido y apacible y en el horizonte brilla vigilante el más destacable faro con total plenitud como si el mundo girara en torno a ella, aun entre los vapores violetas y púrpuras que desprendía una ciudad hundida en el egoísmo y la vanidad,

—¡Esta noche la ciudad le pertenece a la estrella!
—¡El mundo le pertenece!

Fue tan fuerte la atracción que sentí esa noche que abrí un agujero a través de mi techo y la contemplé, brillaba más que nunca, iluminaba todo alrededor parpadeando como si estuviera viva, me mirara furtivamente, como si quisiera que brillara con ella, que le hiciera compañía en algún remoto lugar, sea donde sea era lejos de este lugar, ¡lejos de todo aquel que me sofocaba!

—¡Todo está en las estrellas!, en ese mar etéreo —gritaba a la noche mientras las palabras de mi abuelo retumbaban en mis adentros.
—¡El resplandor penetra por la ventana de mi recámara, allí brilla a todas horas incluso en el día!
—¡Gira y gira me sigue de oriente a poniente!
—¡Otros astros! surgirán para acompañarme, así cuando tu órbita esté lista brillarás por ti mismo.

Todo daba vueltas sobre mí, me inundaba un brillo familiar, y un cálido aire de fugaz ardor que no quemaba, más bien confortaba mi tranquilidad, como mi abuelo solía confortarme durante las noches de pesadilla, calmando mi ansiedad.

—¿Pero acaso es posible? Sería posible que aquellas historias, mitos acerca de las estrellas que me contaba mi abuelo de niño, ¿fueran realidad?

Creo que al fin lo había entendido, sentía esa calidez y seguridad que lograba que ni la muerte terrenal me asustara, ahora sabía esa revelación que mi abuelo tuvo momentos antes de su muerte, por fin había llegado el momento, mi órbita estaba lista, es por eso que me irritaba tanto la vacuidad de la vida moderna, y de esa espantosa ciudad donde las esferas de la realidad «humana» reinan imperantes, ya no pertenecía más a este lugar, ahora mi hogar se encontraba en un plano superior de existencia. El espíritu de la estrella más brillante me susurraba unirme a ese mar etéreo, ser un astro más en el cielo… ella me estaba abriendo las puertas de la eternidad, y ese brillo familiar, sí, ese brillo familiar y conocido, era mi abuelo, o más bien su esencia que ahora pertenecía a otro lugar, uno al que yo también pertenecía.

Entonces en un momento de vigor fulminante hacia el fulgor de esa estrella y hastiado de este lugar decidí unirme con los demás astros, a iluminar las noches y marcharme en el amanecer del mundo, así mientras la humanidad conserva su ceguera envuelta en la modernidad, en la decadencia y consumismo de sus ciudades oscuras, mientras no aparezcan más espíritus libres que nos hagan compañía como astros, puedo afirmar que mi abuelo y yo seremos

…los últimos creadores de estrellas.



UN AMOR DESCABELLADO

Ángelo Sandoval Villegas

«Yelo»

Érase una vez (todas las historias comienzan así) una chava, bueno, si la describiera mejor diría que era más cabello que chava, no sabías donde comenzaba su cabello y terminaba ella. Por aquel entonces cursaba la preparatoria. Estábamos en las mismas clases.

En biología, química, historia y todas las demás, cada día veía entrar al salón la melena ondulada, negra como la obsidiana, que se movía de un lado al otro hasta que encontraba un lugar en el cual sentarse; sentía pena por quien estuviera detrás de ella, no podría ver nada del pizarrón.

Aunque no sabía nada de ella (¿qué champú usaba?, ¿qué acondicionador se ponía cada mañana? y nunca lo supe, ni lo sabré en mi vida), un día sin pensarlo caí en cuenta de lo enamorado que estaba, era como estar hipnotizado, hecho piedra, como si cada uno de sus cabellos fuera una serpiente, con un suave vaivén en forma de «s» que se enredaba ante mis ojos, la necesitaba desesperadamente como un piojo succionando sangre.

No la podía sacar de mi mente, necesitaba llamar su atención, necesitaba que me quisiera; camino a casa en una tienda de chucherías le compré un prendedor.

En las horas libres ella siempre estaba en la cafetería, peinándose todo el tiempo, de arriba a abajo, de abajo a arriba, metía y sacaba el peine de su pelo sedoso, una y otra vez. La observaba detenidamente desde el otro extremo casi sin comer, me mataba con cada cepillada, sentía una aguja clavándose en mi corazón, así que decidí acercarme. Me levanté, caminé hacia su mesa y le dije tímidamente:

—¡Hola! ¿Te gustaría tomar algo?

Parecía no escucharme, se lo repetí, no hubo respuesta. Continúe mirándola mientras ella seguía peinándose, no creo que notara mi presencia. Cuidadosamente dejé el prendedor con forma de mariposa en la mesa y me fui.

Al día siguiente curiosamente noté que aquel prendedor sostenía su cabello encantador aunque casi no se notaba entre la maraña oscura, pasó junto a mi asiento y me dejó una nota, decía:

Te espero ahí, donde el viento arremolina todo, 15:00.

Fui donde indicaba, en efecto el viento agitaba todo su cabello, la estreché entre mis brazos, la besé descabelladamente, lo hicimos. Así pasó varias veces, sólo lo hacíamos, nunca hablábamos, siempre ponía excusas tontas y se iba, no la detenía, me conformaba con lo poco, con tenerla esos instantes que quedaban tallados en las paredes de mi memoria.

Desde la primera vez, mientras teníamos relaciones, todo el tiempo se pasaba los dedos entre sus cabellos, con la mirada perdida como si no le importara yo, siempre su cabello. Siempre. Siempre, harto de su poca atención.

Cuando nos volvimos a ver, aguantándome las ganas de tocarla, de besarla, le dije que no, no nos podía tener a ambos, tenía que escoger…

Así es como volví a sentir ese hueco en mi pecho, el que había antes de conocerla, que se había llenado de mi amor por ella. Cada vez que la veía por los pasillos se llevaba una parte de mí, me daba vueltas en la cabeza el no tenerla, me volvía loco, cuando comía, en mi sopa confundía las formas de los fideos con su cabello; mi alma, mi cuerpo, mi ropa estaba llena de ella.

¡No lo pude soportar más! Busqué entre los cajones de mi armario, tomé en mi mano unas tijeras, me fui a la escuela, no sabía donde vivía, así que después de clases la seguí, «que suerte, entró en un callejón» pensé, me abalancé sobre ella como un barbero poseído, comencé a cortarle y arrancarle con furia el cabello, matas caían al suelo, en mi frenesí gritaba «ahora serás mía y solo mía, ya no nos separa este río, mía solo mía».

No sé cuánto tiempo pasó, había terminado, dejé caer las tijeras al suelo, mis manos temblaban sin control, bajé mi vista y la busqué. Quedaba un pequeño ser ahí tirado, inmóvil, mirando al cielo, no reconocí ese rostro, no lo había visto jamás; entonces me di cuenta de que había destruido lo que amaba, se me revolvieron las entrañas, me dieron ganas de vomitar, me alejé de lo que había hecho y de mí.

Desde entonces dejé crecer mi cabello, esperando regalárselo algún día, implorando su perdón.



DEPRESIÓN POSPARTO

Abel Paz Zavala
«Gato que ladra»

Tengo la mejor mami del mundo, de todas las mujeres existentes en este mundo, ella es, sin duda, la mejor de todas. Nadie como ella, que cuida de mí de noche y de día. Ella siempre viene a verme cada vez que le llamo, ella siempre aparece y el escuchar su voz siempre me tranquiliza, aun no sé qué diga, pero seguramente son palabras hermosas y elogios para mí.

Siempre me mira con esos ojos tan brillosos, tan blancos como la luz de la nada, quisiera saber qué dice, qué siente, qué es lo que hay detrás de esa mirada fija que me observa cuando la llamo.

Ella siempre tan cuidadosa conmigo, siempre lleva mi mamila cuando la necesito, ese acto tan hermoso que nos pone una sonrisa tanto a ella como a mí, nadie como ella que siempre esté ahí, para cambiarme y limpiar mi podredumbre.

Tengo deseos ya de entender qué dice, y que ella entienda lo que yo digo, quiero que mis halagos y agradecimientos enorgullezcan sus oídos.

Mi comida es suficiente, mi bebida es suficiente, en cambio, no sé yo qué pueda dar a esa mujer tan espléndida, no importa cuántos detalles de, no importa cuántos halagos de, ella nunca los escuchará, ni mucho menos los entenderá, para eso quiero aprender su mismo idioma.

Esta mañana la escuché todo el día, no entendí ni una palabra, pero memoricé cada una de ellas, quise apoyarla, quise entenderla, pero sus ojos estaban en otro lado.

Mis brazos son pequeños, pero lo suficientemente grandes para poder cobijarla. Ella es la mejor, no hay duda, tan única, tan perfecta, es lo único que he visto, pero solo con eso les puedo afirmar que no existe cosa mejor.

Ella inventa nuevos juegos para mí cada noche, se lleva mi mamila a su cuarto y regresa con ella llena de nuevo para alimentarme y explicarme esos nuevos juegos para estar con ella.

No hay nadie mejor que ella, se preocupa y me protege, cuida que no me vaya a mover de mi cuna, pues eso podría lastimarme gravemente, yo entiendo eso y por lo cual me quedo siempre muy quieto, pues no quisiera causarle el menor susto a mi mami que tanto me quiere.

Cada noche, ella siempre va a verme, me observa largo rato hasta que ambos nos cansamos y empiezo a dormir, y cuando logro dormir ella se retira tranquilamente a descansar para poder atenderme perfectamente al día siguiente.

Tanto pensar en ella me ha hecho extrañarla mucho, así que la llamaré. Como siempre, ella ha acudido rápidamente a mis súplicas, trae consigo una gran almohada. Creo que ya es hora de dormir…



REENCUENTRO ENTRE LAS OLAS

Javier Díaz González García

«Jazar»

Ves a tu padre alejarse entre las olas. No hay rastros de cercanía. Su silueta se desvanece; el tiempo transcurre rápidamente, se torna agonizante. El mundo se detiene y en tu mente retumban diferentes episodios, imágenes vívidas: el día en que por primera vez lo miraste y a esa figura le llamaste «papá»; revives el instante cuando en tus ojos se reflejaban sus enseñanzas, cuando tus deseos eran espejos de su existencia; divisas los días en que su ausencia notaste y los momentos en que lo oíste llegar. En tu piel florecen los sentimientos que tanto le ocultaste, las miradas que le temiste expresar. Encuentras enterrados en la arena los temibles «te amo» que, en su tiempo, convertiste en amargos silencios. Todos aquellos pensamientos invaden tu cabeza, te acechan, te aquejan, y aumentan, mientras que la vitalidad de tu padre disminuye.

En su esfuerzo por salvarse, tu padre comienza a desfallecer; su vida pende de un hilo, el cual se encuentra fuera de tu alcance. Te das cuenta de

su vulnerabilidad, se ha convertido en un débil e indefenso recién nacido que necesita de un adulto, de alguien que pueda ayudarlo. Pero frente a él sólo te encuentras tú. Tú que nada puedes hacer.

Con el transcurso del tiempo las olas ahogan los últimos respiros de tu padre; el verdor de sus ojos se torna gris, su cuerpo se homogeneiza con el agua, su boca escupe sal. Su existencia toma apariencia de recuerdo y es robada por las corrientes del mar.

Levantas tu mirada al cielo y piensas en lo inverosímil del evento, en que ése no era el momento en que debía de acontecer. En tu desasosiego, arrojas tu esperanza al viento con el deseo de cambiar el rumbo de aquel individuo dispuesto a desaparecer, pero una gaviota, como relámpago, devora tu esfuerzo.

Tu padre se ha desvanecido en la distancia.

El destino te acecha. Tus huesos se tornan débiles como varas y caes al suelo. La impotencia te ha vencido. Tu mente está en blanco; la sangre olvidó cómo circular por tu cuerpo. Con suavidad las olas rompen en tus pies y como una sábana, el mar te arropa lentamente. Tu respiración se vuelve entrecortada; tu corazón late con estrépito. Tu padre ha sido arrancado súbitamente del sitio de tu alma en que lo albergabas, y junto con él, tu espíritu empieza a desprenderse de tu cuerpo. Agonizas. Un suspiro escapa de tu nariz, quizás el último que te queda.

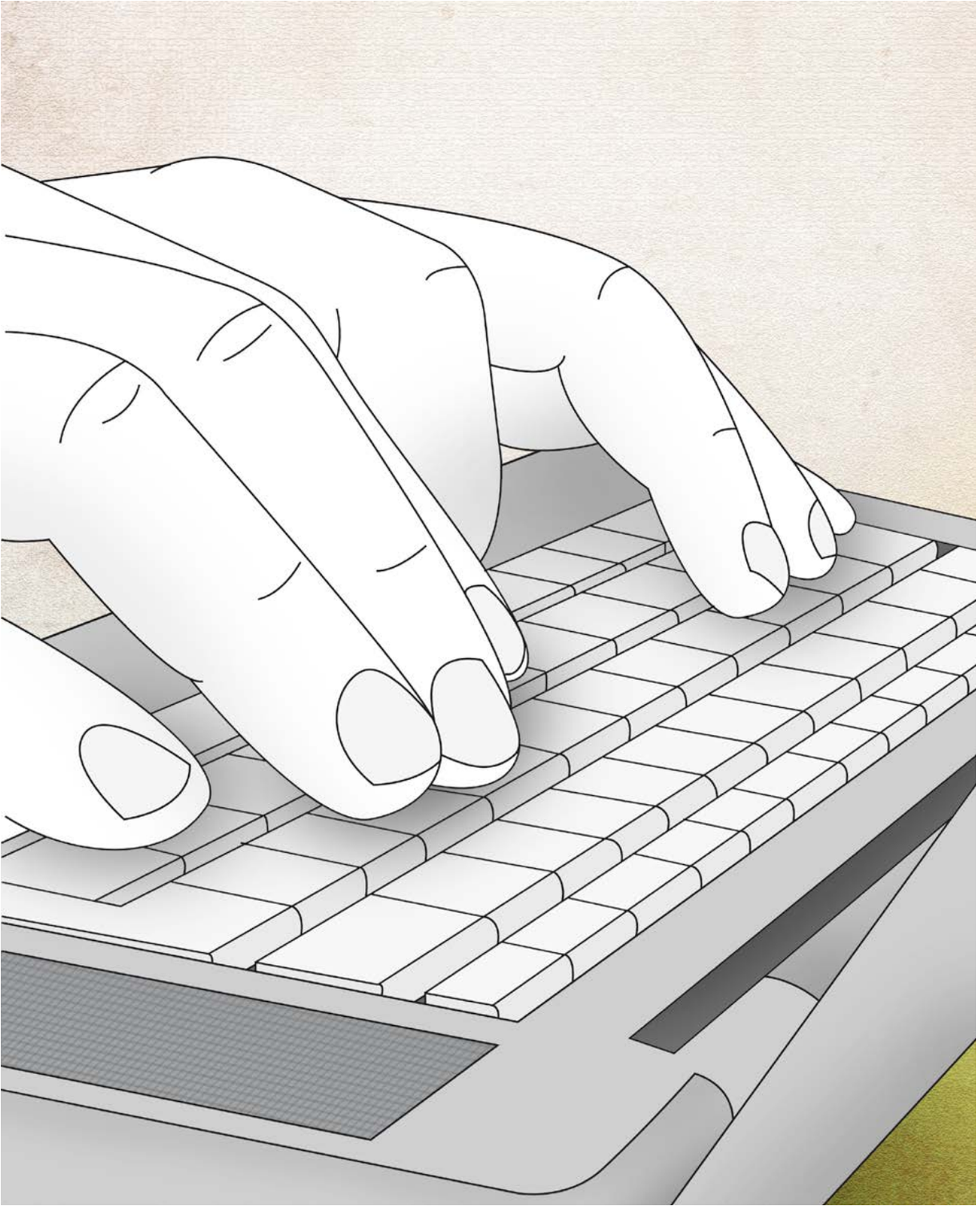
El viento impone su silencio…

De un momento a otro, la calma es interrumpida por una voz que emprendió su vuelo en la lejanía. El sonido invade tus oídos, es agudo como un grito. Éste te resulta familiar, pero no logras distinguirlo. Intentas levantarte para buscar su origen, pero es inútil, el agua te cubre hasta las mejillas.

De repente, alguien te golpea la frente con ligereza y te hace reaccionar. Abres los ojos y observas al individuo. Lo miras de pies a cabeza y reconoces su agujerado traje de baño. Un aire de vida infunde tu pecho; como un latigazo el espíritu vuelve a tu cuerpo. Tu padre se encuentra justo frente a ti. Tomas su mano e intentas levantarte; tus entorpecidas piernas te hacen caer, pero con fuerza, él te pone en pie. A su lado, observas a un hombre de tez morena que porta una tabla, viste unos shorts rojos y una playera blanca con la inscripción: «SALVAVIDAS». Sonríes al desconocido y lo miras con un gesto de agradecimiento. De nuevo giras la cabeza hacia tu padre y lo contemplas con miedo. Piensas que es una ilusión, que lo que estás viendo sólo se encuentra en tu mente.

Un repentino e inevitable impulso te obliga a abrazarlo y lloras amargamente en su hombro. Ésta es la realidad, una vez más te encuentras frente a él, pero…

…¿siempre existirá una segunda oportunidad?



EL NO ESCRITOR Y EL CONCURSO DE CUENTOS

Eduardo Tututi Guillén

«Tututifrank»

Caminando a la casa me encontré con un anuncio, «Concurso de cuentos». Me gustaría entrar… ¿Cómo voy a entrar? no he escrito un cuento desde hace años. Todo mi trayecto a casa me la pasé pensado en ese concurso; cómo es posible, si nunca me ha interesado escribir, nunca he sido buen escritor… de hecho no soy escritor; entonces ¿por qué me preocupa tanto? ¿Será que quiero hacer algo diferente? Sí, tal vez, pensándolo bien ¿a qué persona que le guste leer, no ha pensado en escribir algo? Al ser un lector frecuente, de vez en cuando se te vienen a la cabeza historias que te gustaría escribir, bien, entonces ¿por qué no entro al concurso?

¡Ya esta decidido! Entraré.

Después de ir al lugar de inscripciones, me dijeron que debía entregarlo antes del término del mes. Ya estoy inscrito… ¿Ahora qué? Supongo que

debo pensar en qué escribir; pan comido, un cuento es muy flexible y puedo escribir sobre cualquier cosa, solo debo pensar en qué. ¡Vaya! Nunca pensé que escoger el tema fuera tan difícil; bueno, ya tendré tiempo para escribirlo, después de todo tengo un mes.

Ya tengo mi computadora y mi escritorio, es todo lo que necesito… ¿Es todo lo que necesito? Básicamente sí, pero aún no tengo creatividad, inventiva, imaginación etc. ¿Cómo podré desarrollar este tipo de cosas? Tal vez si busco ideas de algunos libros; a ver, veamos, este sirve, este… también, este… no, este… tal vez. Solo les daré una leída rápida, seguro consigo ideas. ¡Qué libro tan interesante! Imagínense, volverse loco al leer muchísimos libros, y por tantos libros leídos del mismo tema, creer que la realidad es como la pintan esas hojas; es como si yo viviera rodeado de muchos hobbits, elfos y enanos (jajaja). Veamos este otro, ¡uy, los de miedo me gustan demasiado! ¡Y más si se trata de vampiros! Aparte, este tiene unos recursos: la manera de que los personajes escriben lo ocurrido en cartas o en grabaciones… sí, tal vez pueda usar ese método en mi cuento… no mejor no… dirían que he copiado ese método. Veamos este otro… qué bonitos cuentos, ya había leído muchos de esos.

Bueno ya me di una idea, de los posibles temas: miedo, son muy populares y podría centrarme en alguna parte del cuerpo, como en ese cuento ¡el ojo! ¡EL OJO! Solo de recordarlo me da pavor, ya sé, algo acerca de que una noche lluviosa no puede dormir mi personaje… creo que ya está muy usado. Mejor de vampiros, uno que esté infiltrado en el gobierno podría hacer que recuperen su reputación, la cual se ha ido perdiendo, pero también podría hacer que su reputación recayera… es un tema muy delicado, mejor se lo dejo a los profesionales; yo tan solo soy un simple aficionado… si es que llego a eso.

Qué rápido se pasan las semanas, ya han pasado dos y yo ni siquiera tengo un título. Tal vez deba claudicar, después de todo esta no es mi vocación; sí, tal vez sea lo mejor. ¿Y todo el tiempo que invertí buscando un tema? Es probable que sea lo que los escritores llaman bloqueo, creo que escribir te debe de nacer desde el interior y después solo plasmar eso en una hoja. Entonces debería dejar todo esto por la paz… bueno, lo dejaré y si siento que algo, alguna idea me surge, en ese momento retomaré mi labor.

Creo que hoy es el día, por fin empezaré mi cuento, será una verdadera obra de arte ¿Dónde está mi computadora? Necesito empezar antes de que se me vaya la idea, ¡ah! aquí está ¡APÚRATE MALDITA COMPUTADORA, ENCIENDE! Por fin, espera… ¿Cuál era la idea? ¡Nooooo! Bueno, es razonable teniendo en cuenta que la idea provenía de un sueño: según eso, pasados cinco minutos olvidas la mayor parte de tus sueños. Por cierto, ¿qué día es? ¡Pff, me doy por vencido! Tan solo faltan tres días para que llegue la fecha de entrega. He de reconocer a todos los escritores del mundo, seguramente pasan por este tipo de problemas a menudo.

Caminando a la casa me encontré con el mismo anuncio, «Concurso de cuentos». Este anuncio hizo que me ilusionara, creí que escribir era fácil: tomas un lápiz, una hoja (bueno en mi caso, una computadora) y todo lo que se te viene a la mente lo vas plasmando; pero ese no fue el caso, simplemente no soy escritor, no es mi vocación… ¡LO TENGO! Si ya sé sobre qué escribiré: puedo agregar ese detalle, este otro también, si modifico este otro está bien. Solo somos tú y yo, computadora, y ahora sí sé qué teclear, necesito un título para mi cuento… ya tengo el título perfecto: **El no escritor y el concurso de cuentos.**



DESPERTAR

José Manuel Durán Mejía

«Prince Straw»

De nuevo despierto de la muerte, mis ojos no están preparados para tu luz y aun así mi mayor deseo es estar a tu lado. Solo deseo verte sonreír, no me importa renunciar a todo por ti, quiero gritarte y a la vez abrazarte, mi corazón explota dentro de mí, mis palabras desean salir volando pero mi garganta se niega a compartir mis sentimientos.

Te acercas a mí, con tus pasos firmes y confiados, ¿sabrás en verdad que tu sola presencia inunda mi cuerpo de sensaciones imposibles en un ser? Sonríes y me hablas, ¿estaré de verdad despierto o será uno de mis muchos viajes al mundo onírico?

—Largo fin de semana, me parecen años de no vernos.
—Esos días tormentosos han causado que hayamos tenido que tomar unos días libres de más —mis mejillas arden—. ¿Cómo has estado?

—Fueron días algo pesados, me siento feliz de volver a la escuela y dejar mis problemas.
—Tú sabes que si necesitas ayuda cuentas conmigo.
—Son cosas sin importancia, gracias —un tenue tono granate cubre sus mejillas— aparte hay otra razón por la cual deseaba regresar.
—¿Qué razón podría arrancarte de tu lecho y traerte con tanto ánimo a la escuela?
—Deseaba poder…

A mi lado escucho el sonido de la puerta, puedo ver al profesor tomando el pomo de la puerta y abriéndolo, nuestras palabras quedan interrumpidas. Qué habrías querido decirme, la duda carcome mi mente, no podría ni oír en este momento los cantos sirénicos, pues ni estos superan tu sola presencia.

Desde hace unos meses que te conocí, a pesar de haber ido medio curso juntos sin conocernos ese encuentro definió todo. Los rayos crepusculares caían sobre nuestro entorno, tus ojos paseaban perdidos buscando en un mundo lejano, en ese momento tenía millares de presiones agobiando mi cabeza cuando nuestros cuerpos reaccionaron el uno al otro, me miraste con aquellos ojos tan hermosos, ni la tristeza que reflejaban en ese momento disminuían su perfección natural.

—Perdóname, no estaba en este mundo —las lágrimas anegaban tus ojos—.
—No te preocupes fue culpa mía, estaba distraído con otras cosas.
—¿Te conozco?

—No creo, más bien no sé, ¿alguna clase juntos?
—Si, ya te recuerdo vas conmigo en una clase —hiciste una sonrisa forzada— creo que es un poco tarde para estar aquí.
—¿Estás bien?
—Solo admiraba el paisaje —te acercaste y sonreíste más animadamente—, me pregunto cuán bello habrá sido todo en siglos pasados, cuando nuestros antepasados apenas pisaban la tierra, y los dioses primitivos dormían aún en sus lechos primigenios. Quisiese haber estado ahí, conocer las historias de aquellas personas que se han perdido en la historia.
—Es una bella forma de ver el pasado —miré tus manos juguetear con tu ropa— hace mucho que no pienso de esa forma, muchas veces en las noches mis desvelos son por problemas de nervios.
—A veces hay que dejar esos problemas y disfrutar un momento de los recuerdos —tu mirada se congeló un instante— ven conmigo ¿sí?
—Este…
—Oh, perdóname, es solo que el frío está dominando el ambiente y me pregunté si deseabas ir a un lugar más cálido —te sonrojaste— creo que fui algo impertinente.
—No te preocupes, si el frío está siendo cada vez más fuerte —tus ojos se iluminaron— vamos a un lugar que conozco yo invito esta vez ¿sí?
—Maravilloso —sonreíste ampliamente— es momento de dejar las preocupaciones a un lado, ¿estás de acuerdo?
—Sí.
—Entonces quita esa cara de melancolía y vamos por ese café.
—Gracias, en verdad gracias.

En ese momento no sabía qué sentir, ninguno de los dos sabía del otro, pero pareciese que hubiésemos sido hechos para coexistir, nuestras palabras eran dichas con la naturalidad de dos personas que tras años de relación se encuentran. Esa noche me di cuenta de que el destino existe y por alguna razón los dioses ponen en nuestro camino a aquellos seres que simbolizarán un cambio para nosotros.

—El profesor te sacará por no poner atención.
—Perdona, estaba pensando en el pasado.
—¿Algo de lo que necesites hablar?
—No, bueno es que recordaba nuestro primer encuentro.
—Una hermosa tarde —tu mirada de nuevo cambia a ser melancólica—, no ha pasado mucho tiempo y siento que hace años que te conozco.
—Nuestras vidas se han entrelazado mucho desde ese día.

Tu mano busca la mía, la encuentra y la entrelazas fuertemente, mientras cierras los ojos y murmuras algo dirigido hacia ti. El verte de esa forma me sorprende, casi siempre muestras un lado valiente a las personas, ahora siento que me ocultas algo que te lastima, quiero abrazarte pero debemos de mantenernos al margen, nuestro profesor siempre nos dice que la escuela es para estudiar no para sociabilizar.

Y de nuevo mi mente divaga, no sé qué puedo hacer por ti, quisiera entender al ser que eres completamente para poder darte lo que necesitas. Tu respiración se vuelve difusa y en tus mejillas hay lágrimas, volteo a nuestro alrededor mas no veo nada, el mundo ha desaparecido, se ha detenido

en un espacio atemporal ¿estaré cayendo en la locura?, la pregunta suena amplificada y el eco me devuelve la respuesta que temía: locura.

¿Locura? Sí, eso es lo que siento cuando no estoy a tu lado, pero ¿por qué esos sentimientos inundan mi mente? Eres la estrella que alumbra mi mundo, donde la naturaleza ha muerto junto a su dios y solo quedan los vestigios de un pasado glorioso. Mas la luz que desprendes es tan fulgurante que incluso ha despertado a mi triste alma de su letargo trayéndome a vivir dependiendo de tu sola presencia, pues sé que sin ti a mi lado solo me quedaría esperar la muerte traída por el ángel de la muerte que entre sus brazos cobijaría los últimos rastros de mi amor por ti.

¿Por qué un ser tan perfecto debe desaparecer de este mundo dejando solo calaveras y cruces para el recuerdo? No, no deseo eso para ti, tu cuerpo deberá permanecer incorrupto, como el cuerpo de aquellos santos que tras la bendición de los dioses continúan transmitiendo sus milagros en tierra. Pero no deseo que todos te admiren, mi ser es egoísta y solo deseo tenerte para mí.

Cuántas ideas vagan por mi mente, quisiera saber cuál de ellas terminara siendo nuestro futuro, acabaremos siendo una pareja o simples desconocidos que tuvieron la suerte de encontrarse por azares del destino. Quisiese entender los planes de aquello que llaman suerte y destino, pues de esa forma la desilusión no llenaría mi corazón.

—¿Hoy estás pensando mucho?
—Solo en las mismas cosas de siempre —veo tus ojos, sé que escondes algo–.

—Dime.
—¿Qué quieres que te diga?
—Cuando llegamos querías decir algo.
—Oh, sí quería decirte cuánto te… —tu cara se desfigura hasta formar una mueca que inunda todo de oscuridad—.

Despierto… estoy en un cuarto sombrío, se escuchan a la lejanía las sirenas, y mientras mi mente trata de recordar la razón por la cual estoy ahí, siento algo caliente entre mis manos. Mi mente se aterra al ver el color rojo y la espesura de la sustancia, busco entre mi cuerpo el origen de esto, mas al observar mejor puedo ver un camino carmesí que me lleva hasta tu cuerpo. Al final las voces tenían razón, locura era lo que sentía, mas no importa el futuro porque ambos estamos juntos en este momento único…



MATEMATICUENTO

Arturo García Mendoza
«R2D2»

En un reino no tan lejano vivía una familia de puntos llamados cartesianos, estos últimos eran muy apreciados y venerados en el reino, ya que eran descendientes directos del honorable rey Descartes, así pues esta familia podía pasear sin problema alguno por todos los rincones de esta comarca, incluyendo los jardines reales y el gran templo de las ecuaciones.

En estas tierras todo era felicidad ya que años atrás su gente luchó incansablemente por darles una mejor vida a las futuras generaciones de puntos, consolidando así una organización perfecta a través de sus dos grandes ejes, que dividían a la población en dos grandes sectores, la población «abscisa» que era la encargada de la zona norte-sur, y la población «ordenada», que regulaba el territorio poniente y oriente, respectivamente.

En cuanto al gran rey Descartes, se decía que era un gran hombre, con mucho valor y de espíritu indomable, no existía persona alguna que se atreviera a cuestionar su sabiduría. Todos los habitantes del reino conocían

muy bien la historia del gran monarca, de cómo se enlistó en el célebre ejército de las soluciones y derrotó a las hordas salvajes de los problemas matemáticos, al invocar las siguientes palabras mágicas: «pienso, luego existo».

Pero un día en que había un gran baile en el palacio, llegaron al lugar tres damas hermosas, que se hacían llamar las odaliscas integrales, los guardias al aspirar el aroma que desprendían, quedaron profundamente dormidos, y descuidaron por completo las puertas del castillo cartesiano. Al caer la noche un grupo de seres maléficos llamados *angulus* entraron y secuestraron a Descartino el primogénito del monarca escondiéndolo en el bosque infinito de las incógnitas.

La familia cartesiana actuó rápidamente y preparo a su ejército para ir en busca del futuro heredero, Descartes acudió al gran templo de las ecuaciones e imploró a los grandes dioses que le brindaran toda su fuerza y poder para regresar con vida a su amado hijo.

Marchando con firmeza y valentía el ejército parecía invencible, de repente el cielo comenzó nublarse y la lluvia hizo más dura la misión, hasta que al llegar a la entrada del mitológico bosque, un rayo cayó sobre el gran monarca y lo dejó fuera de combate, el rey comenzó a llorar y en sus últimas palabras le encomendó la vida de su hijo al gran y leal caballero sir Newton, un instante después el alma del gran monarca abandonó su cuerpo y el silencio inundó todos los alrededores, hasta que… sir Newton lanzó un grito de combate —¡Eureka!— y puso de nuevo en marcha a su batallón, adentrándose poco a poco en el bosque.

No pasaron más de treinta segundos después de haber entrado, cuando un grupo de incógnitas salvajes atacaron a las tropas, con destreza el gran caballero les tendió una trampa, al provocar que los monstruos lo

siguieran a través de un estrecho sendero, ahí logró deshacerse de la mitad de las incógnitas, gracias al gran poder de factorización que había aprendido en el sagrado templo de las ecuaciones. Mientras tanto sus hombres con gran astucia prepararon dos jaulas en donde encerrarían al resto de los seres malvados, el caballero corrió a toda velocidad, y una vez dada la señal, con ayuda de sus hombres las encerraron en dos jaulas cuadradas atándolas con un amarre en forma de cruz, y sumando fuerzas, las sepultaron debajo de una gran raíz , para que nunca pudieran escapar. Por último, sir Newton señaló con un símbolo que denominó «radius», la posición donde aprisionó a los seres maléficos.

Continuando con su misión, el valiente caballero creyó oír los gritos de auxilio de Descartino, rápidamente ubicó de dónde provenía el sonido, pero al intentar seguirlo, de la tierra comenzaron a salir espectros complejos y «wronskianos» caníbales, estos últimos, se decía que habían vivido hace miles de años como sirvientes de grandes reyes, pero un día se rebelaron porque querían ser linealmente independientes, entonces atacaron y destrozaron el sagrado templo de las ecuaciones, y el jardín de las intersecciones, sembrando un gran miedo entre los habitantes del reino, para doblegarlos los reyes se unieron y respondieron con un espléndido conjunto solución, que los hizo desaparecer instantáneamente, eran en verdad unos seres aterradores.

Se inició así, una gran lucha entre ambos bandos, los espectros y wronskianos atacaron con rayos alfa y beta, pero el ejército resistió el ataque, sir Newton se enfadó y gritó —¡A toda acción corresponde una reacción!— reanimando así a sus valientes hombres, al cabo de una noche de cruentas batallas, parecía que sir Newton iba triunfando, hasta que su ejército se descuidó,

y al dar un paso en falso, cayó en un abismo infinito, el único que quedó con vida fue Newton, que logró sujetarse de una roca y salvar su vida. Después de este terrible acontecimiento ningún rastro quedó del valiente ejército, excepto un arco roto que no fue alcanzado por la trampa y que estaba a punto de caer en lo profundo de una grieta. Sin pensarlo, el audaz caballero tomó rápidamente el arco, y lo reparó con gran esmero, al cabo de un par de horas el arma quedó lista para usarse, fue entonces cuando sir Newton divisó a lo lejos la silueta del príncipe y futuro rey, corrió hacia él, pero casi al llegar, una extraña criatura lo reprendió con un fuerte golpe que lo hizo volar varios metros atrás, sir Newton alzó la mirada, y cual fue su sorpresa, al ver que frente a él, se encontraba la real y malvada incógnita, reina y señora de todos los seres malvados que habitaban el bosque, el ser más temible de todos los tiempos, poseía un gran poder que era capaz de confundir hasta el más sabio y debilitarlo hasta el punto de la locura. Sir Newton intentó incorporarse pero fue atacado con una serie de poderosas indeterminaciones que lo hizo caer de nuevo, sin importarle esto, tomó rápidamente su arma y tiró de ella, y por fin logró impactar a su rival, era un arco tangenial, que no solo atravesó a la gran incógnita, sino que logró dividir su cuerpo, reduciéndola a un simple ángulo, la flecha siguió su vuelo, y finalmente se detuvo al chocar con la cadena que tenía preso a Descartino, el primogénito quedó liberado y escapó del bosque junto con sir Newton.

Ya de vuelta en su amada tierra, como Descartino era todavía muy joven para el trono, nombró a sir Newton monarca del reino, por su parte el nuevo rey trasformó la vida de todos los pobladores cartesianos, convirtiendo cada uno de sus modestos hogares en coordenadas polares

perfectamente bien organizadas y distribuidas a lo largo y ancho de una circunferencia, gracias al valor que tuvo Newton de encerrar en la raíz a las incógnitas salvajes fue como surgió el «radio» , pero recordemos que también dividió con su arco tangenial a la real incógnita, obteniendo así un valioso «ángulo», que le serviría para consolidar en un futuro el sistema de referencia polar que conocemos hoy en día.



SOLEDAD Y TRISTEZA SON AHORA UNA POESÍA

Alan David Martínez Cuapio

«Un fuego sereno»

I

La luz avanzaba en la sala, trémula, pero firme en su encanto; recorría dulcemente el suelo de cemento, proporcionándole un aspecto brillante. En un instante, había una clara diferenciación entre lo liso y rugoso. Al salir al jardín, podía escucharse una sinfonía magníficamente interpretada por al menos una decena de aves, a la par de sus aleteos. Hacía frío; a través del túnel que supone mi boca, soplaba y podía notarse una pequeña nube de vapor que desaparecía en cuestión de segundos.

Era momento de desayunar. Con no poca destreza, mi madre disolvía el azúcar en el negro océano del café, que en remolino circular y burbujeante, arrojaba a la atmósfera su fuerte aroma. Mientras tanto, en la televisión transcurría un programa de espectáculos (trivialidades). Llegaban

también las galletas, que las ahogaba en un vaso de leche tibia y las dejaba morir en mi estómago.

— ¿Me das otro *napa*?
— ¿Un qué?
— ¡Un *napa*!
—Aquí tienes. ¡Este te quedó hermoso chatito!… ¿Por qué no haces un dibujo?
—Bueno.

Y continuaba coloreando mi mapa, tratando de ser tan bueno como mi hermano, que al colorearlos en su clase de geografía, no sobrepasaba los límites fronterizos ni los de los estados.

Aún recuerdo —con una tristeza de gran envergadura— aquellos cuadros domésticos típicos de mi niñez. La mágica experiencia del día nuevo, que de su fría y momentánea muerte, renace y llena nuestros corazones del calor que siempre quisimos tener, y que tuvimos. La mañana es la evidencia inmediata de lo que un día fue, y sin serlo ahora, enciende aquel hermoso rescoldo de la memoria.

No sería capaz de advertir en ese momento, mucho menos imaginar el devenir de una tormenta llena de odio; violencia; rencor…

II

En aquel entonces, ya habían transcurrido cuatro años desde que logramos correr a *«el hombre»,* el monstruo que sembraría odio en nuestros

corazones, quien desintegrara aquel cúmulo de amor que éramos, aquel que envenenara con su misoginia a la más espléndida mujer que conozco: mi madre.

Me encontraba en lo que suponía ser la mejor etapa de la vida, o al menos eso es lo que suele decir la gente, porque yo estaba en descomposición de mi ser. Cada día me desintegraba más y más, estaba en franca decadencia. Sólo podía ocurrir una cosa: o desaparecía o enfrentaba todo lo que hasta el momento había sobrellevado.

¿Desaparecer?, ¿por qué habría de desaparecer? Dar finitud a una vida acusada del gravísimo delito de ser, sería la acción más estúpida que hubiese podido tomar. No, no lo hice ni lo haría. Tomaría más tarde la decisión de reivindicar aquella ira, de transformarla y con valor, romper con una realidad que me fue heredada.

Hubo una luz que coadyuvó en mis ganas de transformar la vida. Lo que sobrevivió de aquel mar de tristezas, adquirió gracias a ella nuevas alas que probarían por segunda vez en la vida el azul del cielo; azul celeste, azul marino.

Conocerla, supuso la ruptura del mundo antes conocido. Pude apreciar mi interior y descubrir en mi oscuro secreto el más tierno sabor de la vida. Aquel ámbar derretido encima de nosotros, nos iluminaba en la penumbra. En sus ojos —gemas brillantes— se reflejaba mi rostro. Los míos se apreciaban negros y brillantes como la obsidiana. Los álamos nos rodeaban y nos protegían de una ciudad siempre despierta. Sólo la luna podía atravesarlos. El aire estaba lleno de impurezas; el ambiente era delictivo, no sólo por la prostitución de aquella plazuela, sino por lo revolucionario que es el amor. Aquella mirada ancestral todo lo sabía. El rito milenario, como en cada lugar, a toda hora y por siempre en el mundo, se repetía y nos hacía

más humanos. Esos ojos de gancho, que te atrapan y no te sueltan, que desgarran y no descansan, eran míos. Había pasado la mayor parte de mi vida buscándolos y en un parpadeo, nadaba en ellos.

Aquella noche supuso el inicio de una nueva vida. Conocí en el zumo de sus labios lo prohibido. No sería nunca más un asesino de ilusiones, sino un sembrador de la vida.

Aquel pasado marcado por la violencia, no había sido lo suficientemente capaz para matarnos por completo, pero sí había sido lo suficientemente fuerte como para incapacitarnos de una correcta apreciación de la realidad.

Pensé en todos los culpables. Había un fuego que me devoraba por dentro. Me hacía escupir a diario venganza. Sobrecalentaba mis ideas y empañaba mi vista con su humo. Fui injusto con los dos únicos seres que siempre he amado. Tanto así, que esperando causar daño anuncié mi partida. No hubo más respuesta que una mirada sepulcral.

—¿Estás realmente consciente de lo que haces?
—Así es. Ya todo lo tengo planeado.

Era demasiado tarde. Aquello supuso una pérdida irreparable. No obstante, mi madre no puso mayor objeción. Sus fuerzas ya no eran las de antes. Aquella prosa vulgar, la había devastado. Sólo podía llorar, y sin embargo, reprimió su sentir.

Unos meses atrás le había escrito una carta, que entre otras cosas decía:

[…] No fue brizna sino destructora tormenta, fue el vendaval que revolvió, que hizo volar en la inmensidad aquellas ilusiones, en lo infinito aquellos sueños fragmentados. Vendaval que con su fuerza, arrojó tierra a tus ojos para robar tu dulce encanto, para pasar desapercibido… fue su tierra la que te hizo llorar.

Él quiso jugar al amor, pero sólo fue el asqueroso insecto, el capullo, el gusano abyecto, sólo fue la momia que se alimentó de tus anhelos. Hoy debes de levantar el vuelo, pues no dejas de ser la bella mariposa que eras antes, que aunque el polvo dorado de tus alas hoy es menos, hoy es más fuerte tu deseo de volar, más intensa tu voluntad de ser feliz…

No soporté su inacción. Luego, sería yo el que pusiera un límite, y ese límite sería alejarme de mi única familia.

Triste e irónicamente, después de tantas batallas emprendidas contra aquel gusano, sería yo el que terminara por romper aquel frágil cristal: la familia.

III

Hoy, ya no está esa luz que un día me ayudó a explorar el azul del cielo, así como a redefinir mi concepto de amor. Tampoco se encuentran a mi lado las personas que tanto daño me hicieron, y que con el paso del tiempo, se transformarían en un mal sueño. No así, las personas que amo y me aman. Ellas, a pesar del daño que les causé, me han enseñado que hay algo más grande que el odio y el rencor.

Con la lontananza aprendí a observar lo nunca observado, y con esta, aprendí a valorarlo.

Ahora distingo claramente la dicotomía entre lo que fui y lo que soy, entre lo que supuse ser y lo que en realidad era. La aceptación de los demás ya no representa un eje esencial en mi vida, porque mi vida vale por sí misma, y la mejor aceptación que uno puede recibir es la de los que te quieren, y por supuesto, la propia aceptación, y me acepto así: imperfecto.

No estoy solo, ni nunca lo he estado como en los peores momentos pensé. Con el tiempo he logrado perdonarme por los errores que he cometido con los que quiero y conmigo mismo; he perdonado a los que sin saberlo me hirieron. También he logrado perdonar a quienes sabiendo que me hacían daño —al fin y al cabo víctimas del odio— prosiguieron con el ataque. No necesito odiar, pues el amor a la vida y a los seres humanos nos brinda las armas necesarias para enfrentar con solidaridad y valentía la injusticia.

El amor es un arte revolucionario y horizontal, que protege y transforma a quien lo practica, y por tanto, transforma también nuestra realidad.

No te escondas, no tengas miedo.
He venido a ayudarte con tu soledad y tristeza.
Secaré tus llantos, los haré estrellas.
Borraré los gritos, te daré mis cantos.
Ya no llores, no estás sola.
Soledad y tristeza son ahora una poesía.
Déjame ayudarte en el vuelo…

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Gabriel	Alcántara González José Gibrán «Robert Langdon»
Del petróleo el amor y otros hidrocarburos	Almanza Rico Edwin Alan «El Navegante»
También tenemos sentimientos	Alvarado Oropeza Alma Aidé «Eclipse»
Amor de una noche de verano	Alvarado Sánchez Darío Adalid «Cyril W.»
Gatas de medianoche	Álvarez Ocampo Alfredo «Luvetón»
Margaritas	Álvarez Sánchez Márili «Gromus»
El sueño de una vida	Andrade Ramírez Jean Carlo «Jake Nigthrose»
Los últimos creadores de estrellas	Andrés Montealegre Arturo «Vaakeer»
Las puertas del cielo	Arciga Cornejo Juan Pablo «Juanpi»
Cuatro cuarenta y cinco	Arias Suárez José Rubén «Ecce Homo»
De colores	Ávila De La Cruz Stephanie Itzel «Stephy»
Caminando por el cielo	Bautista Castañeda Miguel Ángel «Inci»
Cuento modificado	Becerril Santander Miguel Ángel «MABS»
Natalia, muerte y amor	Beltrán Vilchis Jorge «YOMI»
La leyenda de Quetzal y el águila	Bermúdez Sotelo Gustavo «Ketzalkuautli»
Es demasiado pronto	Botello Pérez Adrián Rafael «Afi»
Enamorado	Calderón Velázquez Efraín «Arky»

Yo quería ser escritor pero mi padre decidió que sería guerrero	Camacho Orea Alejandro «Herbet Clutter»
Juntos por siempre	Camacho Ramírez Adrián «Gabriel Arzate»
Sueño de una noche de ingeniería: una desvelada situación	Carranza Sánchez Miriely «Arielle Écrivaine»
Cenizas un sueño	Castillo Barrera Gloria Luz «Celeste»
Uno de cada mil millones	Castillo Hernández Yamil Hiram «George M. Vasquerville»
Al final…	Castro Pérez Daniel «De Ctr»
13 sombras de PG	Castro Rendón Virgilio «Virgi C»
Destino	Chombo Pérez Grecia Karina «Kirsy»
Cajita de caoba	Colindres López Gloria Itzel «Tintinella»
Amarga realidad	Contreras Reséndiz Brian «Bri»
Historia tras un espejo	Cruz Romero José Roberto «Pepo»
Alma	Cuevas Hernández José Arturo «Zeta»
Espero que me escuche	Davison Hernández James Tomas «Juan Preciado»
Animinos	Díaz Hernández Natalia «Tinta etérea»
Un vigilante por naturaleza	Díaz Rosas José Jonathan «Tatan»
Reencuentro entre las olas	Díaz González García Javier «Jazar»
Olita de altamar	Domínguez Santiago Cristian «Fussible»
Despertar	Durán Mejía José Manuel «Prince Straw»
Otoño	Enríquez Vega Melissa Araceli «Synnove»
Groovin high	Escamilla Orla Omar Manuel «El Rey Pesle»
Efímero	Fernández Bobadilla Héctor Alberto «Erick Santiago Montero de la Vega»
El cielo bajo nosotros	Gallegos García Saúl Abiran «Tomodoshi»
Matematicuento	García Mendoza Arturo «R2D2»
La ruta 10	García Martínez Elizabeth «El dragón de la noche»
El pescadito y la piraña	Gerónimo Cárdenas Jorge «Patitos Muertos»
Estudiantes	Gómez Sandoval Ángel Emmanuel «Zapata»
Imagínate que…	González Hernández Eric Damián Khin «Iskandar»
El destino	González Garduño Francisco Javier «El Aventurita»
Los pedestres	González Gastélum Alejandro «Pocosmocos»

Rey por un día	Guadarrama Ramírez Uriel «Kimi Raikkonen»
Un día cualquiera	Guadarrama Vargas Guillermo Daniel «The Raven»
A medias tintas	Guillén Hernández Miguel Ángel «Itsa Joke»
La luna brilla por amor	Gutíerrez Mejía Guillermo «Soy un tigre de bengala»
Lore	Gutiérrez Olvera Lorena «Zorenlorenzon»
Las noches mágicas	Hernández Ramírez Hugo De Jesús «The game 89»
Una nueva ruta	Hernández Calderón Irene «Eneri»
Cardiopatía	Hernández Mateo Eduardo Antonio «Antón»
El misterioso bosque de Jeuel	Huerta Camacho Selene Berenice «SAMER»
Muerte anónima	Jiménez Anaya Alejandro «Aljim»
Sin horizonte	Joaquín Espinoza Evelio «Biofilia»
Cristal	Juárez Bravo Ileana Araceli «Miroux»
Precaución: Mariposas amarillas	Landín Marín Luis Jesús «Luis que no es un gato»
Bael contra Azul de Yamil	Lara Madrid Jairo Darío «Minijairo»
Despertando de la utopía	Lerma González Rodrigo «Rus Exhumadora Gordillo Ley»
Tecnología	López Ortiz Fernando «Mous»
La flor que se convirtió en estrella final	López Reyes Jatziri «Lobito Gris»
La prisión que sonríe	Magaña Santoyo Luis Edgar «Mkristofforo»
Los arrebatos del silencio	Maldonado Rivera Carlos Arturo «El cronopio perdido»
El sueño de Miguelito	Marcial Díaz Daniel «Danmar»
Aquellos días no vividos	Marcillez Hernández Esteban Abdiel «K-Lex»
Esto apenas comienza	Marquina Moctezuma Melissa «Naszut»
Soledad y tristeza son ahora una poesía	Martínez Cuapio Alan David «Un fuego sereno»
Colectivo	Martínez Vera Dionicio «E-T-A-G»
Cambiando las estrellas	Matías García Elías Edilberto «Espartano»
El petirrojo	Medina García Jorge Enrique «Mr. Magpie»
Mejora	Méndez Vargas José Roberto «Fan»
Tres pasos un suspiro	Mendizábal Cruz Luis Rodrigo «El cantinas»
Qué tanto puedes esperar	Meza Medina Eduardo «Rex Draco»
Esperanza	Montiel Cortés Juan Carlos «Elin Formante»
Hilito negro de muerte	Morales Ruvalcaba Carlos Francisco «Hipólito Zyman»
El poder de los ojos	Moreno Vázquez Ricardo «Señor R»

Hay tantas estrellas como arenas en el mar	Morones Hernández Carlos Rogelio «Primigenio»
La luz	Muñoz Juárez Isaac «Kalaf Dedani»
Retrato de un viaje corto	Narváez Juárez Israel «Ikki Jones»
Consuelo	Ortega Martínez Judith «Dolores Ruiz»
Hojas secas	Palacios Villanueva Yolanda Alejandra «Atena»
Mi camino	Paz Lagunas David Emmanuel «David Paz 9»
Depresión postparto	Paz Zavala Abel «Gato que ladra»
Si tus pasos detienes	Pérez Ariza David Alejandro «Dr. Ivo»
Zlata y la fuerza de gravedad	Pérez Nieves Rey David «Danato Internacional»
Lighty, la heroína de la luz	Pineda Leal Viridiana «Dragón de oro»
Ansiedad roja	Ponce De León Carreño Josué «Rumpelstilzchen León Camesí»
HipérVola del atomismo	Posthuma Solís Carl «B.O.A.»
El sueño de Alice	Puebla Martínez Martha Isabel «Yerah Laiddell»
Anónima esquela	Pulido Gómez Cristina Alexis «Alexis Uqbar»
Leonard	Quezada Tapia Abraham «Zamb»
El poeta sin nombre	Ramírez Medina Ana Laura «Anidem Mayela»
Vuelta a la Leonardita en 80 minutos	Ramírez Enríquez Isaac «Gutty»
A dos pasos del infierno	Ramírez Rodríguez Víctor Manuel «Elhuem»
El idioma de la música	Ramos Bautista Rubén Ulises «Enigma de la era»
Un terrorífico recuerdo	Ramos García Fernanda «Pequeño Saltamontes»
Mi realidad	Rivera Herrera Omar Cliserio «CREO»
Yo y la vaca y yo	Rodríguez Montiel Carlos Gerardo «CHARGER»
No es que no olvides a tu primer amor…	
Es que te da flojera empezar todo otra vez	Rodríguez Reyes Miguel Ángel «Rufo»
Segundos	Rosas Gallardo Samuel Gamaliel «Sam Rosas»
Todo lo que desearía olvidar	Ruiz Estrada Mariana Karim «Z634»
Un recuerdo… vivirá para toda la vida	Rule Pérez Erick Axel «Kyuji9»
Arroz con leche de colores	Salas Andrade Diego «Disa»
Café para la mesa tres	Salmerón Becerra Manuel Iván «Fernando Galindo»
Dulce amargo	Sánchez Chávez Eric «Razimpi»
Un amor descabellado	Sandoval Villegas Ángelo «Yelo»
El primer amor	Santillán Pulido Raúl Daniel «Pumazlan»

Carolina Meyer	Soto Santana Edgar «Magnedgar»
Muda confesión	Toral Noriega Arturo Joshué «Tavish»
Espejos	Trujillo Fuentes Alfredo «Al Freedom»
El no escritor y el concurso de cuentos	Tututi Guillén Eduardo «Tututifrank»
Circus	Uribe Hernández Bernardo «BENJAS»
Carnaval	Varela López Ángela María «Ge»
Suicidio	Vázquez Jiménez Luis Fernando «L. Sagara»
Sicarú, perdida en un mundo de sueño	Velázquez Sánchez Juan Diego Del Prisack «Diego Del Prizack»
Estoy soñando	Virgen Tabares Uzziel «VITRUZ»
La leyenda del viejo y la sirena	Zenil Hernández Roberto «Robbz»
¿Qué día es hoy?	Zetina Parra Felipe «El Diablo»

udae
PUBLICACIONES FI

Tercer concurso Cuentacuentos se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2014 con un tiraje de 200 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Myriad Pro Light para títulos y Arno Pro para textos con sus respectivas variantes.




VINCULOS


INGENIERIA